

EL RÍO

La primera vez que Isabel vio el mar contaba ya con la edad de ocho años, y le pareció que se había quedado dormida y que soñaba con un paraíso. Tuvo que pellizcarse en la palma de su manita izquierda para comprobar que no lo era, que lo que veía entre curva y curva de la carretera era el mar, azul como sus ojos y como el cielo, enorme y calmado en el horizonte, y oscuro y salvaje conforme se iba acercando a las rocas de la costa. No sabía qué le parecía más bonito, aquel paisaje o el sonido de las olas al romperse. Abría mucho los ojos, intentando ver más allá del horizonte, o buscando barquitos perdidos entre aquel azul, y de repente los cerraba, disfrutando de aquella música desconocida, riendo cada vez que a aquella melodía se le unía una gaviota.

Sus padre, que conducía el coche, hablaba rápidamente, quejándose de algo, sin prestar atención a las olas. Su madre, a su lado y de copiloto, ni siquiera se molestó en mirar por la ventanilla, prefería mirar el asfalto que tenían delante.

Isabel sintió una sensación parecida la primera vez que pisó un castaño, a los doce años. Era otoño, y el suelo estaba cubierto por un manto de hojas doradas y erizos de castaña. Crujía a cada salto que la niña daba, y las hojas salían volando cuando echaba a correr entre árbol y árbol. El aire olía a tierra húmeda, e Isabel se encontró aspirándolo profundamente. Deseó no olvidar ese olor nunca. Cuando miró arriba, soltó un gritito de admiración. Le pareció que aquellos majestuosos castaños debían ser los más altos de los árboles, pues apenas podía ver las ramas más altas, cuyas hojas se balanceaban con cada ráfaga de viento.

—¿Sujetan el cielo? —le preguntó a sus padres, emocionada.

Los dos fruncieron el ceño.

—Claro que no.

Y siguieron por el sendero, con cuidado de no mojarse los zapatos. El padre quejándose del barro y la madre de la humedad.

Isabel tuvo la suerte de dejar la ciudad a los diecisiete años, cuando sus padres, por motivos de trabajo, tuvieron que trasladarse a un pueblo perdido en el mapa de España.

De camino a aquel lugar, no pudo dejar de admirar los campos de trigo y de girasoles que veía a ambos lados de la carretera, preguntándose qué era lo que vería en su nuevo hogar, si trigo, girasoles, castaños o el mar.

Remedios Montenegro Elvira

1º Premio del Concurso "Atrévete a escribir"

Categoría: Bachiller

—Me temo que no te va a gustar mucho, Isabel —le comentó su padre mientras conducía—, no creo que haya muchos centros comerciales y esas cosas que tenías en la ciudad.

Isabel siempre había odiado los centros comerciales, tan llenos de gente sin rumbo. Abrió la boca con la intención de comunicárselo a su padre, pero antes de decir nada su madre se adelantó.

—Y tampoco tendrás muchos amigos. El pueblo es bastante pequeño, y supongo que los pocos jóvenes que tendrá serán paletos —se lamentó.

—¡Mamá! —se quejó Isabel, que no veía bien aquel ataque.

Su padre rio, y su madre se encogió de hombros y tiró una botella vacía por la ventanilla. Isabel se giró horrorizada para verla rebotar sobre el hormigón y caer en el campo.

Llegaron cinco horas más tarde. El sol había desaparecido y en su lugar una gran luna iluminaba el camino de gravilla que los llevaba a su nueva casa.

La casa era antigua y polvorienta, pero también grande y acogedora, y a Isabel no le costó nada instalarse. Su cuarto, una habitación con dos camas, dos mesitas de noche y un armario, le resultó cómodo desde el principio, y una vez estuvo limpio, con su ropa guardada y sus libros ordenados sobre una de las mesitas, pudo descansar. Al día siguiente investigaría el pueblo.

Se despertó con las campanas de la iglesia, que daban las nueve. Se vistió con lo primero que encontró y bajó con cuidado de no hacer ruido a la calle. Sus padres seguían durmiendo, e Isabel pensó que lo mejor era dejarlos descansar tras el largo viaje que habían hecho el día anterior.

No tardó mucho en encontrar la calle principal, una calle ancha donde se encontraban la mayoría de los comercios. La panadería estaba al principio de esta, en frente de una fuente donde algunas personas esperaban para rellenar sus garrafas.

Isabel no había pensado en la reacción que los habitantes del pueblo iban a tener al ver a una extraña hasta que entró en la panadería y todo el mundo paró de hablar y la miró.

—Buenos días —sonrió, aunque notaba cómo enrojecía ante la mirada de sus vecinos.

—Buenos días —saludó la panadera, intentando disimular la sorpresa.

Por suerte para Isabel, las conversaciones se reanudaron y el ambiente se relajó. Algunas personas le preguntaron por sus padres, otras por su antiguo hogar y otras por ella. Al final, se

sentía como si llevara allí mucho más tiempo. La panadera le contó cotilleos de personas que ni conocía, un anciano le habló de cómo se parecía a su nieta y una anciana le habló de lo buena pareja que haría con su nieto.

Al salir de la panadería, cruzó la calle para beber algo de agua. Por suerte, la cola se había reducido y ya solo quedaba una persona.

—Pues yo creo que no —dijo el chico que tenía delante mientras se inclinaba para llenar su botella. Isabel frunció el ceño, confusa. ¿Hablabas solo? ¿Le hablabas a ella? —, seguramente esta tarde podemos ir per...

Se interrumpió al girarse y verla. Confuso, miró por encima de su hombro y del de ella, buscando a alguien.

—Perdona, pensaba que eras otra persona —se explicó. Tenía el pelo castaño claro y los ojos claros—. Mi hermana estaba antes aquí conmigo y...

—He visto una chica entrando en la panadería —dijo Isabel.

El chico asintió, mirándola. Dejó la botella en el suelo y extendió una mano.

—Rafael —se presentó.

—Isabel —sonrió ella estrechando la mano.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó—. Quiero decir... En este pueblo no hay nada, ¿para qué visitarlo?

Isabel le explicó todo lo de la mudanza.

—Bueno, pues supongo que necesitarás a alguien para que te enseñe el pueblo, no vaya a ser que te pierdas entre nuestras numerosas calles.

—No creo —respondió ella—, pero si quieres, puedes acompañarme.

—Será un placer —contestó riendo—, pero déjame avisar a mi hermana.

Isabel aprovechó el momento para beber agua. El agua salía de los caños fría, y bebió hasta saciarse. Estaba muchísimo mejor que el agua de su anterior ciudad, donde sabía a cloro.

—¡Isabel! —la llamó el chico al salir de la panadería—. Vamos por aquí.

Isabel recogió la talega del pan y lo acompañó.

Cuando regresó a su casa, no eran más de las diez y media, y su madre seguía durmiendo. Su padre estaba vestido y leía un periódico.

—He traído pan —anunció—, la panadería está aquí al lado y...

—¡Qué buena que eres! —le dijo su padre doblando el periódico—, me siento mal por haberte traído a este lugar, no hay nada que te pueda gustar... No, no, no intentes engañarme, sé que a ti lo que más te gustan son los edificios altos de las ciudades.

Isabel cedió. No valía la pena intentar convencer a sus padres de algo. Aunque a veces la apenaba que supieran tan poco de ella.

—He estado investigando por el pueblo -le dijo a su padre mientras se sentaban a desayunar-. Hay una plaza muy grande, donde está el ayuntamiento, y allí hay una cafetería. ¡Y la plaza tiene en el centro un olmo altísimo!

—Seguro que tiene bichos —fue lo único que dijo su padre—. No sé dónde nos hemos metido, hija mía, ¿no he visto mas coche que el nuestro! ¿Es que la gente de este pueblo se mueve en burro o qué?

Isabel había quedado con Rafael aquella tarde para conocer los alrededores del pueblo. Junto a él llegaron otros dos jóvenes, una chica y un chico, y una chica más pequeña, de unos once años.

—Este es Alberto, y esta Paloma —los presentó Rafael. El chico era alto, y tenía el pelo oscuro. La chica medía un poco menos, aunque a Isabel le sacaba una cabeza, y su pelo era rubio pajizo—. También son de aquí. Y esta es mi hermana, me parece que ya la viste por la mañana. Se llama Julia y es un grano en el culo —le sonrió mientras le revolvía el pelo y ella protestaba—. O hace lo mismo que los mayores o no hace nada.

Isabel los saludó.

—¿A dónde vamos?

El chico del pelo negro y la chica rubia se miraron y sonrieron.

—¡Al río! —gritaron riéndose.

Para llegar al río tenían que andar cinco kilómetros, pero a Isabel no le molestó. Sus nuevos amigos contaban chistes continuamente, y solo paraban de reírse para insultarse.

—Están siempre así —explicó Rafael—, o se ríen o se matan.

La hermana de Rafael, Julia, también era muy entretenida. No paraba de contarle sus aventuras: cómo había escalado un árbol, cómo había pescado tal pez, cómo había aprendido a nadar al mismo tiempo que su hermano...

La mayor parte del trayecto discurrió por un sendero blanco entre todo un bosque de pinos, enterrado por una fina capa de agujas de pino secas. El ambiente olía a resina. Una vez pasado el bosque, tuvieron que subir y bajar por unas laderas rocosas, y aunque se arañó con algunos espinos y tuvo que agarrarse de la mano de Alberto, Rafael y Paloma en algunos tramos para ayudarse, el esfuerzo valió la pena: pronto llegaron al río, que corría rápidamente entre las dos orillas repletas de juncos.

—¿No nos quedamos aquí? —preguntó desconcertada al ver que seguían andando.

—Aquí el agua es baja y hay mucha corriente —le explicó Julia—, nosotros siempre vamos a la Poza del Álamo.

Los juncos habían ido desapareciendo, hasta que en la Poza solo quedaron tres de estas plantas, dejando las orillas despejadas. Isabel apenas se había fijado en los álamos que rodeaban el río cuando vio como Paloma y Alberto se tiraban al río.

Rafael cogió a su hermana, que pataleaba inútilmente mientras se reía, y la tiró el río.

—¡Me vengaré! —gritó la chiquilla riendo y escupiendo agua cuando salió a la superficie.

Rafael también se lanzó al agua.

Isabel prefirió entrar al río poquito a poco, desde una orilla poco profunda. Nunca antes se había bañado en el río, y casi se asustó al ver un banco de pequeños peces rodear sus pies. Era muy diferente a las piscinas. El agua estaba muy fría, bajaba rápida por el cauce y las piedras se le clavaban en las plantas de los pies. Era mejor que cualquier piscina.

Debido al frío, tuvo que ser la primera en salir, aunque hubiera preferido quedarse con los demás jugando. Rafael la acompañó.

—¿Qué te parece? —dijo señalando el río con la cabeza.

—Vendría aquí cada día de mi vida —confesó ella, mirando a Paloma, Alberto y Julia jugar.

Rafael sonrió tristemente. Arrancó tres juncos y se fue por un caminito que transcurría paralelo al río.

Al poco rato salieron los demás. Paloma se sentó a su lado.

—¿Y Rafa? —preguntó sorprendida.

—Se ha ido por allí —señaló ella.

—Ah —se puso seria—, entiendo.

—¿Pasa algo?

Alberto lo explicó. Hasta Julia había perdido la sonrisa.

Isabel notó cómo se le helaba el corazón. Iban a construir justo en aquel lugar. Talarían gran parte del bosque de pinos para facilitar el acceso, acabarían con la colina de laderas rocosas y desviarían el río, para sustituirlo por un hotel de lujo, un campo de golf o, peor, un centro comercial. Era comprensible que todos estuvieran triste, y más aún que Rafael hubiera ido a despedirse.

—Voy a buscarlo mientras os secáis —dijo Isabel, perdiéndose por el caminito.

Tenía la sensación de conocer algo que los demás no conocían, y temía estar en lo cierto. Sacudió la cabeza, intentando alejar esos pensamientos. Tenía que despejarse. Encontró al chico sentado contra un álamo, trenzando juncos con el ceño fruncido.

—Alberto dice que tenemos que irnos o se nos hará de noche durante el camino — extendió una mano para ayudarlo a levantarse.

—Sí, sí, tiene razón —dijo él, aceptando la mano.

—Me ha contado lo del río, lo siento mucho.

Cuando llegaron al pueblo, acababa de irse el sol. En su casa la cena ya estaba preparada.

—¿Qué tal por el campo? —le preguntó su madre. Isabel iba a contarle lo bien que lo había pasado en el río cuando su madre siguió hablando—, espero que no se convierta en costumbre, o acabarás siendo tan salvaje como los chicos con los que has ido.

Isabel se quedó con la boca abierta.

—Ma... Mamá, son personas normales.

—Son una mala influencia —sentenció.

—¡Pero si no los conoces!

—Ni falta que me hace —dijo llevándose un trozo de filete a la boca—. La gente de pueblo lo máximo a lo que puede aspirar es a criar cabras. Por suerte para nosotros, papá terminará pronto su trabajo, ¿verdad, cielo?

El padre asintió.

—Aunque no es tan fácil como creíamos. Hay un montón de gente en contra.

El corazón de Isabel comenzó a latir con violencia. Sus temores se veían confirmados.

—¿En contra de qué? —preguntó.

—De abrir un hotel de lujo, ya sabes.

Isabel no pudo comer nada más el resto de la cena.

—¿Te ocurre algo, Isa? —le preguntó.

—No lo hagas, por favor.

—¿El qué?

—El hotel.

—Hemos venido para eso, ¿cómo voy a cancelarlo? Mucha gente está esperando a que se confirme el proyecto para invertir en él.

Dinero, todo giraba en torno al dinero. Isabel estaba harta, harta de escuchar como el mar se llenaba de centrales petrolíferas, harta de leer en los periódicos cuántos bosques eran talado para construir polígonos. Harta del dinero.

—¿Tienes el permiso del ayuntamiento ya?

—No, pero es cuestión de tiempo...

—Bien —dijo Isabel, levantándose.

A la mañana siguiente, Isabel cogió un par de libretas y un par de bolígrafos y los metió en su mochila. Se recogió el pelo oscuro en una coleta y salió a la calle. Lo primero que hizo fue comprar unos cuantos pastelitos en la panadería, los cubrió con cuidado y los echó en su mochila. Estaba preparada, ya solo necesitaba encontrar a alguno de sus nuevos amigos.

Y, como esperaba, Rafael llegó para llenar su botella. Isabel estaba a su lado en menos de diez segundos.

—¿Lo sabes?

El chico se sobresaltó, pero en seguida supo a lo que se refería. Asintió, serio.

—Lo descubrimos ayer, poco después de volver —se apartó el flequillo de la frente—. Podrías habérmelo dicho, por lo menos.

—No lo sabía —dijo. Le daba igual si la creía o no, solo necesitaba un favor—. ¿Por casualidad no tendrás una bicicleta para prestarme?

—¿A dónde quieres ir?

Isabel se sacó un mapa del bolsillo.

—Pues... Aquí —señaló.

Media hora después, ambos se encontraban en el pueblo de al lado. Dejaron las bicicletas aparcadas en la acera. Isabel sacó una libreta y un bolígrafo de su mochila y se los ofreció.

—Toma. Tú quédate por esta parte del pueblo, yo iré a la otra. Explica lo que quieren hacer con el bosque y con el río. Recoge todas las firmas que puedas. Nos vemos a las dos.

Durante el siguiente mes, eso fue todo lo que hicieron. Rafael, Alberto, Paloma y ella se organizaban para ir a recoger firmas a todos los municipios cercanos, mientras Julia se quedaba en el pueblo recogiendo allí. Paloma incluso recogió firmas un par de veces en la capital de provincia. De vez en cuando iban al río a descansar, pero en esos días, ponían más empeño en salvarlo que en visitarlo.

—¿Y si no lo conseguimos? —le preguntó un día Paloma, preocupada.

—Tenemos que intentarlo —fue lo único que pudo decir para consolarla.

—Lo vamos a conseguir —le prometió Alberto—, ya tenemos un montón de firmas.

Por otra parte, Isabel sufría con su familia. Le dolía intentar arruinar el proyecto de su padre, aunque veía su causa como la más justa, y no estaba dispuesta a rendirse para que destrozaran aquel paisaje. Su madre no decía mucho sobre aquello, solo quería que Isabel dejara de juntarse con los chicos del pueblo y volver cuanto antes a la ciudad, con sus personas civilizadas.

Su padre era diferente. No sabía qué pensar de él. A veces se miraban y veía orgullo en su mirada, como si en el fondo apoyara su decisión, pero si lo hacía, lo disimulaba bien, porque seguía luchando por sacar su proyecto adelante.

Y eso no era lo único. Tenía que elegir qué quería hacer con su vida. El curso comenzaría en breve y ni siquiera sabía si iba a volver a la ciudad o si se quedaría allí. Si de ella dependiera, se quedaría allí sin dudar.

Un día le preguntó a Rafael por su futuro, y se sorprendió al comprobar que él tenía muy claro lo que quería ser.

—Yo seré guardia forestal —contestó orgulloso.

—¿Guardia forestal? —rio Isabel—. ¡Me gusta!

—Tú también podrías serlo, trabajaríamos juntos —le sonrió.

Isabel sonrió y entrelazó sus dedos con los de Rafael.

—Seguiré buscando.

Septiembre acababa de empezar y los chicos se habían reunido en la casa de Rafael para contar las firmas. La mesa estaba cubierta de hojas, pero ya casi habían terminado.

—Y con esta página hacemos... seis mil setenta y una firmas —anunció.

Todos aplaudieron.

—Con esto debería ser suficiente.

—¡Vamos a entregarlas! ¡Vamos ya!

Hacía mucho calor, y la calle estaba prácticamente desierta. Los seis amigos miraban con temor la puerta del ayuntamiento.

—¿Vamos? —preguntó Rafael ofreciéndole la mano a Isabel.

—Vamos.

Entraron.

La entrega no fue para nada como Isabel se la había imaginado. Pensaba que iban a interrumpir alguna reunión importante y tirar las hojas sobre la mesa, quedando como unos héroes al instante. Pero no fue así. Una mujer las recogió y les prometió que dentro de un par de días les comunicaría la decisión final.

Esos dos días fueron peores que nada. La tensión, el cansancio... Todo se juntó y dio paso a la histeria. Cada uno la afrontaba como podía, Alberto y Paloma se gritaban continuamente, Rafael desaparecía en el bosque y no volvía hasta el anochecer, Julia escalaba árboles sin parar y ella no podía ni salir de su casa.

Al final la noticia llegó, e Isabel sintió una terrible mezcla de alivio y orgullo. El bosque, la colina, el río... todo se iba a salvar y en parte, era gracias a ella.

—Lo siento papá —lo abrazó cuando lo vio.

—No pasa nada, Isa —sonrió su padre—, no siempre se gana. Pero eso sí —se apartó de ella y la miró fijamente—, quiero que me enseñes ese río y ese bosque.

—¿Aunque haya barro?

—Aunque haya barro.

Isabel se lo enseñó. A él y a su madre. Sabía que no apreciaban toda su belleza, que donde ella veía té de río y álamos ellos veían hierbajos y árboles, pero eso no le quitó la ilusión. Los llevó un buen rato por la orilla, hablándoles de todo, y con eso se sintió feliz.

Al regresar, su padre le comunicó que volvían a la ciudad. Isabel estuvo a punto de caer de rodillas, pero su madre, aunque con algo de dificultad, se adelantó para decirle que podía quedarse en aquella casa durante el curso. Isabel no supo cómo agradecerse, así que los llenó de besos.

Las vacaciones estaban a punto de acabar y los cinco amigos estaban en la calle tomando el fresco y hablando del futuro. Paloma y Alberto acababan de decidir que querían ser maestros.

—Ya solo quedas tú, Isabel —le dijo Rafael.

—No, yo ya lo tengo claro —sonrió. En los últimos días había pensado mucho sobre aquel tema—. Seré bióloga.